

SILENCIO, VERANO

EL verano es un silencio largo y espeso. En el verano, el silencio retumba como la luz reverbera sobre los objetos, y sólo las chicharras dan la réplica. Hemos vivido en verano tanto tiempo, produce el calor tanta dilatación, que apenas podemos creer que haya otra cosa. Apenas podemos creer en nada distinto de nuestro ardiente silencio que reduce a cenizas todo lo que quisimos decir alguna vez y no hemos podido decir nunca.

En las tardes de agosto, ni siquiera los más terribles dictadores se atreven a levantar la voz. «El pueblo duerme; el pueblo duerme como un niño y no hay que despertarle», suele advertir el ayo del más terrible dictador a su protegido. Y así, el silencio se convierte en un eco estremecedor que recorre las calles con su ulular terrible.

En las tardes de agosto, tú, sudoroso y ahito lector de verano, acuérdate de Cañaverl, sudoroso y callado en algún hueco de la planta sexta. Cuando te parezca que definitivamente nunca diremos nada, parte tu silencio en dos y compártelo, envíasele al eco. Compañero, lector impracticable: un silencio a medias se parece a un suicidio de amantes en el lecho de amor.

En las tardes de agosto, nuestro exilio se agranda. El aire está seco y las llanuras propicias para la invasión. Pensamos en un otoño húmedo y suave que permita —¡de una vez!— que la tierra se esponje y que los ámbitos cerrados, recojan, voces razonables. Nuestra victoria es la voz.

En la derrota de silencio y verano, lector impracticable, llora conmigo que hablaremos. Los débiles haremos nuestro otoño porque sabremos aguantar su agosto.

En los bailes nocturnos al aire libre, las cansadas orquestinas interpretan boleros con música de Moraleda y letra de Fraga. Los niños sueñan a la hora de la siesta. Las moscas se plantean su eterno retorno. La memoria vacila. Un borracho sarcástico merodea junto a la luna y dice: «Ya llega el verano, ya llegan las frutas, ya cantan alegres los hijos de puta».

Y nosotros nos iremos y sí volveremos más. ■ CAÑAVERAL.

